

# FUERON LOS VERANOS MÁS BELLOS

Adele Folcia, Italia

Mi abuelo fue el inicio de todo. Era el capataz del Conde Visconti, de los Visconti de Luchino: tenían una villa, aquí en Milán, en Bovisa, que se llamaba Libera, con árboles tan grandes que se necesitaban cuatro hombres para poder abrazar sus troncos. Mi abuelo cuidaba las tierras del conde.

Era un hombre atractivo, un verdadero señor, padre de dieciséis hijos. No obstante, quien mandaba en la casa era la abuela, la patrona: ella administraba el dinero. El abuelo era un campesino experto. En el patio de la casa donde vivía, había nueve montones de estiércol y las mujeres que estaban encinta vertían sobre ellos su orina dependiendo del mes de embarazo en el que se encontraran. A partir de eso, el abuelo sabía para qué verdura y para qué árbol frutal serviría cada uno de los montones.

Tenía libre solamente un día al año: el 11 de febrero, cuando todos los hortelanos iban a misa a la abadía de la Virgen de Lourdes y luego iban a comer a casa de Brambillum. Cada uno llevaba su carreta con su vino y, cuando volvían a sus hogares, era tal como decía Pascoli: el caballo sabía el camino y ellos se dejaban llevar aturdidos de tanto comer y beber. Además de cuidar la tierra, el abuelo tenía la responsabilidad del pueblo y, después de una gran fiesta, él se encargaba de reordenar todo. Así, mientras las mujeres subían por la calle para ir a limpiar, nosotros, los niños, las seguíamos para recoger los listones con flores tirados en el suelo.

Mi abuelo ganaba dinero con la ambrosía de frambuesas que la empresa Campari usaba para darle el color rojo a su bebida. Cuando llegaba la época de cosecharlas, todas las mujeres, con unos enormes sombreros, recorrían las filas de plantas llevando los *cavagneau*, grandes cestas blancas que lucían la F de nuestro apellido. Cuando una canasta estaba llena, gritaban ¡*cavagneau*! Entonces los niños corríamos a recoger la cesta llena y les llevábamos una vacía. Recuerdo aún el calor de la hierba bajo los pies. Solamente se podía ir descalzo en la tierra del abuelo. Las cestas llenas las llevábamos bajo la Loira, una noria donde un caballo caminaba en círculo para sacar agua fresca de una fuente. Allí se lavaban las verduras y se escogían las frambuesas. A las que aún estaban verdes las llevaban al vergel, el mercado de la ciudad, mientras que a las maduras las llevaban a la Campari. Todo iba bien hasta que, en 1936, para dar el color rojizo a su bebida, la empresa comenzó a usar la cochinilla importada de América. Así terminó el negocio del abuelo. Pero él no se desalentó: aró muchos surcos y comenzó a cultivar legumbres y con eso se recuperó. En su casa siempre ponían el mantel blanco sobre la mesa y los garraones con agua fresca, a la que le añadían azúcar y limón. **Quienquiera que llegara, a cualquier hora, podía sentarse a comer. Fueron los veranos más bellos, ésos que viví con el abuelo.**





# PARA QUE NO NOS MOJE LA LLUVIA

Riya Akter Rayhan, Bangladesh

Mis hermanos y yo estuvimos cada uno nueve meses en el vientre de mamá, pero al nacer, fue Mukta quien se hizo cargo de nosotros. Mamá estaba sometida a la autoridad de la abuela y se veía obligada a ocuparse todo el tiempo de la casa. Si yo supiera cómo modelar el barro, haría una figura de mi hermana Mukta cargándonos a los cinco hermanos y protegiéndonos con un paraguas para que no nos mojara la lluvia. Mientras ella vivió con nosotros las cosas marcharon bien. Cuando se casó, me acuerdo que mi padre dijo: “El amuleto de la buena suerte se nos va”. Y así fue: él se enfermó primero y luego mamá, y comenzaron los problemas. En cambio, Mukta le trajo buena suerte a su marido, quien encontró un buen trabajo en América, algo bastante difícil para un extranjero.

Yo nací en un pueblo y, a la edad de dos años, me mudé a Dacca con toda mi familia. Mi mamá nunca se adaptó a la ciudad; también por eso mi hermana se hacía cargo de todo. Mukta era quien nos ayudaba a hacer las tareas y a decidir cómo nos debíamos vestir. Además se encargaba de las compras, y para las fiestas de Eid al-Fitr y de Eid al-Adha\* mi padre le daba dos mil takas para que los administrara, pues ese dinero debía alcanzarle para todo.

El verdadero nombre de mi hermana es Jannatul Firdaws, que significa “el primero y el más bello de los siete paraísos del Corán”, pero nosotros la llamamos Mukta, que significa “perla” en lengua bengalí. Mi hermana se casó cuando yo tenía ocho años: después de su boda, vivió cuatro años en Bangladesh, en casa de su suegra, y luego se fue a alcanzar a su marido a Pennsylvania, en Estados Unidos. Pero fue un matrimonio afortunado: a su esposo le dan celos de todo y no le gusta que mi hermana hable inglés mejor que él. Critica cada una de sus costumbres, vaya, hasta su forma de caminar. El primer año de matrimonio él estaba furioso con Mukta porque no tenían hijos y no quería que ella nos diera nada del dinero que él le enviaba. Y aunque Mukta no era feliz, decidió quedarse con él porque dejarlo habría arruinado la reputación de las mujeres de la familia y habría impedido que nosotras, sus hermanas más jóvenes, nos casáramos. Un proverbio bengalí dice: “Basta con que alguien te

diga que un pájaro te robó las orejas para que salgas corriendo a buscarlas”.

Mi cuñado es así: escucha todo el tiempo lo que los demás dicen de él, como si no pudiera vivir sin estar en boca de todos. Cree todo lo que le dicen, incluso cuando se trata de evidentes adulaciones. Él es el más rico de la familia; por eso su palabra es ley. Siempre le digo a mi hermana que deje a ese hombre, y ella responde que después de tres hijos y dieciséis años de matrimonio es muy complicado.

Mi mamá se casó a los doce y durante ocho años no tuvo hijos. Más tarde vino Mukta. En el pueblo vivían con los abuelos paternos. Mi abuela no quería a mi mamá: le daba órdenes, tal como hace una reina con su esclava. Mi padre no podía contradecir a su madre, de modo que mi mamá obedecía en silencio. Recuerdo que, cuando nació mi hermano, mi madre temblaba de frío, pero mi abuela no le dio ni una manta, pues dijo que no había necesidad. Al día siguiente, mamá estaba de vuelta en el trabajo; mi abuela no le permitía descansar ni un solo día. En 1998 aún no había electricidad en el pueblo y se usaban velas o lámparas de keroseno. Una tarde de ese año, la abuela tenía la lámpara en la mano y estaba buscando algo en el armario cuando la mascada que llevaba puesta empezó a arder. En ese momento, sólo mi abuelo estaba en casa, pero era demasiado anciano para ayudarla. Mi tía oyó los gritos, pero pensó que la abuela estaba enojada con mi mamá, como ocurría a menudo. Cuando se dio cuenta del incidente, ya era demasiado tarde: la abuela murió pocas horas más tarde. Pero la historia no termina aquí. Al año siguiente quisimos conmemorar el aniversario luctuoso de la abuela, como es tradición. El aniversario caía en viernes, un día muy especial para los musulmanes. Papá había matado dos vacas y había invitado a todo el pueblo. Después de la oración vendrían todos a comer a nuestra casa. A eso de las once la mañana, estaba todo listo: papá le sirvió un plato al abuelo para que fuera el primero en probarlo. Mi abuelo tenía ocho dientes, pero comía como un niño. Dio un primer bocado, y luego otro, pero al tercero sintió que algo se le atoraba en la garganta. Trató de escupirlo, pero murió asfixiado. **La vida es así: hay muchas historias que nos preceden.**

\* Festividades musulmanas.

# LA MANO ENTRE MIS CABELLOS

Idriss Nouhou, Nigeria

Cuando aterricé en Burkina Faso, antes de subir al primer autobús que me llevaría de vuelta mi hogar, miré al cielo y extendí los brazos. Quería respirar ese aire y ese clima tan diferentes los dos. Hacía ocho años que no estaba en Nigeria y hasta el olor de la lluvia me parecía distinto. Al llegar a Niamey, llamé por teléfono a los gemelos, así que vinieron a recogerme en el auto y me llevaron a casa de mi mamá. Estaba sentada en el porche, así que me acerqué y le dije: “Soy yo”.

Durante los días siguientes, poco a poco me fui encontrando con todos aquellos que habían sido importantes para mí cuando viví en Nigeria de niño y luego de jovencito, y todos parecían diferentes. Lo mismo Hussein y Hassan, los gemelos de mi padre y de su segunda esposa: se parecían tanto que era imposible distinguirlos. Habíamos crecido juntos, hermanos con la misma cicatriz en la mejilla derecha, y los había echado mucho de menos: recordaba las piraguas en las que íbamos a pescar al río, los pajaritos que cazábamos con la resortera; los conejos, los erizos y las ardillas que capturábamos con las trampas y que llevábamos a casa para la cena. Muchas veces había deseado encontrarme con ellos de nuevo, sobre todo con Hassan, a quien le gustaban mucho las vacas por ser pacientes y tranquilas. Pero ellos ya se habían casado y no tenían tiempo para ir de paseo.

Ya no era como cuando íbamos al mercado a vender heno y coloji. No hacían otra cosa que buscar trabajo. Sé muy bien que la vida es así, y yo también he cambiado. Pero sentí una lejanía que nunca había experimentado antes. Mis amigos también se habían casado; estaban mejor, incluso tenían más dinero que yo. Pero antes tenían tiempo; sin embargo, ahora siempre tienen algo que hacer.

A los únicos que no pude encontrar fueron a mi tío, un gran escultor recientemente fallecido, y a mi hermana Sadi. Sadi, la atleta que corría y hacía salto de altura sobre la cuerda que yo amarraba de un árbol a otro. No sé cuántas veces le robé esos hermosos pantaloncillos deportivos que usaba. Murió mientras yo estaba en Libia: tres días de enfermedad y se fue.

Mi mamá también cambió. Envejeció. Y aunque la amo cada día más, ahora está cansada. Le hablé de mi vida, del largo viaje

que me llevó hasta Italia. Le conté la verdad, todo lo que he visto, lo bueno y lo malo: Libia, el mar, las personas que conocí, la escuela y tantas cosas hermosas. No le escondí nada. Estuve feliz de estar con ella y escucharla. Me dijo que si no hago el mal, el mal no se me acercará, y pasó la mano por entre mis cabellos. Yo la conozco, conozco las líneas de su mano y me gusta que acaricie mi cabello. No todos lo pueden hacer. Es una mujer llena de valor. Me dijo que no me preocupara por ella, porque siempre tiene algo que hacer: muchos niños llegan a su casa y ella los ayuda a crecer. Pero yo quisiera hacer algo por ella, porque las cosas buenas se encuentran en la madre, no en el padre.

Quisiera llevarla aunque sea una vez a la Meca, comprarle una casa. No me gustan los lujos, pero para ella sí los quisiera, aunque no sé cuánto tiempo me queda para conseguirlo. Haber ido hasta allá me abrió la mente. Encontré todo cambiado, pero me hizo bien. Antes me sentía encerrado en mí mismo, a veces no lograba ni pensar. **Ahora me siento con más valor, y eso es algo bueno, porque el mundo es bello, pero también asusta.**

